

LA COLMENA

Añadir años a la vida y vida a los años



Raquel Rodríguez Llanos

Enfermera

Añadir años a la vida y vida a los años es un objetivo general del Plan de Salud de Extremadura 2005-2008, definido como prolongar la duración y la calidad de la vida, que se convierte en la meta más deseada, si pretendemos con ello dar respuesta a los interrogantes de nuestra propia existencia.

“No intentéis vivir siempre. No tendréis éxito”. Al cumplir 90 años, Bernard Shaw, el dramaturgo y crítico literario irlandés, dio este consejo a los jóvenes. De alguna forma, hoy día nos empeñamos en llevar la contraria al escritor, máxime, ahora que la esperanza de vida ha aumentado notablemente en nuestra Comunidad siendo de 84,05 años para las mujeres y de 78,28 en varones, situándose entre las mejores del mundo. Por lo que, el ambicioso objetivo de la eterna juventud se ha transformado en uno mucho más alcanzable y pragmático: ¿Cómo se puede vivir muchos años con mucha vida?

Sin entrar en consideraciones filosóficas, la universalidad de lo público trasciende al individuo. De ahí que la celebración del cincuentenario del Hospital San Pedro de Alcántara de Cáceres, lo considero una oportunidad para responder a dicha pregunta, sobre todo cuando personalmente también cumplí 50 años, y mi vida está vinculada a ese Hospital desde los 17 años. Si tuviera que resumir el tiempo vivido en él, resulta indudable que hay muchas cosas demasiadas por cierto- que me emocionarían.

Si medio siglo de existencia es un acontecimiento trascendente en la vida de cualquier persona, mucho más lo es para un hospital que puede vanagloriarse de haber desempeñado un papel decisivo en la salud de los cacereños y de su provincia.

Esta celebración es un buen momento para recordar y reflexionar sobre lo vivido.

Ya que no podemos modificar el paso inexorable del tiempo, si la actitud ante este hecho. Recuperar por tanto, el rostro de los recuerdos, es una cuestión de actitud ante el paso del mismo, donde la edad como la vida cobran valor, y en donde el Hospital habría sido una estructura fría e inútil, si no hubiera contado con las personas que trabajamos en él.

Ante esta posible y deliciosa perspectiva del recuerdo, el Hospital San Pedro de Alcántara, en el pasado Residencia Sanitaria de la Seguridad Social, después de 50 años de existencia se ha convertido en un Hospital del presente que da respuesta a las demandas de la sociedad.

Si en la segunda mitad del siglo XX nos ha enseñado que vivimos en una sociedad en la que el cambio es un valor constante, consecuentemente, la adaptación al mismo constituye un objetivo permanente de cualquier organización o estructura sanitaria.

Al igual que nuestro sistema sanitario

público con sus características esenciales de cobertura universal, equidad, eficiencia y calidad, con participación ciudadana y un compromiso de garantía de la atención, logros de una conquista social reciente, ha tenido que ir superando dificultades y adaptándose a múltiples circunstancias, para llegar a un importante grado de consolidación, y que sin duda requiere de esfuerzos para seguir su afianzamiento toda vez que debe orientarse a nuevas necesidades. En su seno, dentro de la red pública hospitalaria afronta el reto futuro, adoptando definitivamente una cultura de servicio en toda la extensión de su concepto.

El Hospital San Pedro de Alcántara de Cáceres, está abierto hacia su ciudad, su área, su comunidad, volcándose en la difusión de sus conocimientos, potenciando nuevas prácticas asistenciales, con la máxima calidad en sus servicios, que descansa ineludiblemente en una atención más personalizada, incorporando flexibilidad y simplificación en las relaciones y procedimientos, y tendente hacia una progresiva evolución necesaria en cualquier organización moderna.

Por eso, trabajar en él es un honor porque heredamos una historia apasionante y comprometida, escrita con el esfuerzo individual de miles de personas y el esfuerzo colectivo de muchos equipos de trabajo empeñados en superar los obstáculos.

Formamos parte de una organización orgullosa de sus orígenes, celosa de sus tradiciones y comprometida con el futuro.

En ella están grabados los recuerdos de las, y los profesionales que construimos,

bajo su techo el insustituible espacio humano, el de los intercambios cotidianos, el de los enfermos y sus familiares; las hospitalizaciones y evolución de la enfermedad; el de los diagnósticos y métodos quirúrgicos; el espacio donde se brinda no sólo el medica-

mento que alivia o cura, sino también donde se prestan cuidados con gesto amable y de ayuda para atenuar el sufrimiento.

Sin embargo, las más significativas expresiones de reconocimiento y satisfacción que deben elogiarlos, tienen valor si vienen de quienes en este hospital han encontrado alivio en la enfermedad, la restauración de su capacidad de trabajo, la posibilidad de continuar disfrutando de la vida o el nacimiento de un ser querido.

Finalmente, después de estas consideraciones para conmemorar los 50 años del Hospital San Pedro de Alcántara, sólo me queda rendirle un sincero homenaje: que tenemos una enorme responsabilidad, y nos corresponde preservar e incrementar todos los logros; exigirnos superar lo que está bien, para que sea mejor; corregir deficiencias y desplegar la creatividad hasta encontrar respuestas adecuadas a preguntas antes no planteadas.

Que con un renovado sentido del compromiso y la responsabilidad social, con la imaginación y creatividad ya comprobadas, con esa reserva de sabiduría acumulada en la experiencia de tantos años, estaremos cumpliendo con la difícil tarea de proporcionar a nuestros ciudadanos una asistencia hospitalaria de calidad.

Más cornás da'l hambre



Antonio Puerto Barrios

Médico

Vienen a cientos, a miles; a cientos de miles. Los vemos en Canarias, se presentan como aparentes turistas en la flamenca T4 de Barajas, intentan saltar las vallas de Ceuta y Melilla... y quieren quedarse.

Nos recuerdan a cada minuto que, si no se pueden poner puer tas al campo, menos podemos ponérselas a Europa. Se juegan la vida en el intento y no les importa. Han vuelto a poner de actualidad aquella frase, tan gráfica, a la hora de explicar la vocación de uno por jugarse la vida ante un toro: “más cornás da'l hambre”; pero esta vez, en vez de cornás, lo que mata es el mar o un salto tenebrario en una valla.

Huir de un mundo que niega cualquier expectativa no es cosa nueva. Lo sabemos en España y, si alguien puede dar

precaria patera, jugándose la vida y arriesgando los pocos ahorros de que pueda disponer? ¿Qué impulsa a abandonar familia y orígenes para enfrentarse a un mundo por lo demás, y aquí lo sabemos, hostil? Sean cuales sean sus pensamientos, les impulsan a adoptar la decisión; a jugárselo todo en un intento que puede acabar en tragedia. Se huye del hambre, de la guerra, de la regación de cualquier expectativa de salida de esa situación...

Mientras aquí discutimos qué política es la correcta, si legalizar la realidad del sin papeles o mantener la mirada hacia otro lado; si creamos efecto llamada o no con regularizaciones “masivas”, ellos siguen llegando. Mira por donde, me da por pensar que el efecto llamada, más allá de dar o no dar papeles, viene por otras vías. La llamada la hace, aún sin querer, una Europa que se jacta, a pocos kilómetros de la miseria más absoluta, de ser la Europa del bienestar y de las libertades. Esa sí es una llamada. La llamada de una injusticia global que, si queremos nieta del colonialismo, si queremos hija de una economía globalizada, o si buscamos, herman-

ra del interés de unos pocos, ha de atronar en los oídos de los que miran con estupor como el pensamiento condescendiente de este “mundo civilizado” ignora una realidad que pretende

tapar con reproches políticos, repatriaciones y patrulleras.

Difícil solución tiene la cuestión, y no quisiera estar en la piel de quien tiene el problema encima de la mesa. Se me antoja que no se puede, de un día para otro, dar solución a ese abismo económico-social que parece estar en la raíz del problema. Se piden soluciones rápidas a un problema consecuencia de siglos; ¡tierra ingenuidad la del que piense que eso es posible! Pero mientras tanto, ahí están. Seguirán llegando.



Algunos a Suiza. Se emigra, emigran, a un mundo mucho más hostil; al “primer mundo”; al “mundo civilizado”. Quizá nunca haya sido tan abismal la distancia entre estos dos mundos a los que separa más el abismo económico-cultural que la distancia geográfica: en una simple valla está la diferencia entre la Europa del bienestar y la miseria, y muchos no dudan en jugarse la vida para intentar traspasarla.

Me pregunto, ¿qué pasará por la cabeza de quién decide jugarse la vida en una

sin título

Antonio Gómez

